

LA
LIBERTAD EN LA MÉ.

—o—
OPÚSCULO

ESCRITO POR EL LIC.

D. MIGUEL MARTINEZ.

—
MÉXICO.

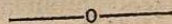
Imprenta de J. R. Barbedillo y Compañía.
Escalerillas núm. 21.

—
1874.

INTRODUCCION.



LA LIBERTAD EN LA FE.



Dominus autem Spiritus est: ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas.

Porque el Señor es Espíritu: y en donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.

San Pablo II. ad Corint. C. III, v. 17.

LA incredulidad se precia de muy inteligente y avisada en el conocimiento del orden social. Despreciando las lecciones recogidas en la experiencia de muchos siglos y aprobadas por la conciencia del linaje humano, se atreve á proponer como de verdad indudable y como de utilidad notoria, las máximas que inventa para la conducta de las personas, para el régimen de las familias y para el gobierno de las naciones. Azás presumida de su propio saber, desdeña los documentos de la

historia, los pareceres del sentido común, y la ciencia muy comprobada de los antepasados.

Perturbada en sus juicios por su aversión á la revelación divina, y por su renuencia á las declaraciones del Pontificado, padece cierta demencia de irreligion y ciertos delirios de impiedad, que le hacen juzgar de las cosas y de las personas muy al contrario de lo que son en realidad. Está en tinieblas y se contempla esclarecida: piensa que su espíritu se levanta, cuando se abate y cuando degenera: entiende que adquiere muchas verdades, cuando niega ó duda las que son de un conocimiento universal: tiene por bien inapreciable lo que es un mal de trascendencia: ávida de cambios, propende á mudar lo todo, trocando lo bueno en malo y lo peor en pésimo: y vive tan inadvertida de su apocamiento y degradación, que se regocija de sus mismos atrasos, porque los reputa grandes adelantos.

Odiando cuanto pertenece á Dios, de cuya existencia no duda, pero de cuya omnipotente justicia formida, urde sus teorías sociales, religiosas y políticas, de tal manera, que restringe ó quita en ellas el ejercicio de la potestad de Dios, en la vida de los hombres y de las sociedades. Es muy perceptible aquel antagonismo de los incrédulos contra nuestro Señor Jesucristo, y contra la única Iglesia que dejó fundada bajo la autoridad indefectible é infalible de los Sumos Pontífices. ¡Desventurada incredulidad! En su ceguera lastimosa no conoce cuál es el espíritu invisible que la inspira y aconseja. Puesta en oposición con Dios, queda mal de su grado, bajo el poder, inevitable para ella, del espíritu de la mentira y de la maldad.

Repugna vivir bajo la potestad bienhechora del Dios-Hombre, que dirigiendo á los creyentes por la tierra muy apacible y dichosamente, les conduce á una felicidad suma, pura, perfecta é inmortal, que está mas allá de la tumba. Mas la desatinada incredulidad quiere vivir entre congojas interiores, pasar por la tierra con desventuras mas tormentosas que las tribulaciones de la virtud; rendida vanamente á las vanidades del error y á la fiereza de pasiones indómitas, para perder en el último instante de su vida, hasta el mas imperceptible de los bienes temporales. Obstina en su desgracia, terca en sufrir sus angustias interiores, porfiada en guiarse por las ideas tenebrosas de sus dudas y de sus negaciones, vive y marcha encaprichada en ser allende su sepulcro, infinitamente mas infortunada, que lo es en su existencia temporal.

No bastan las reflexiones humanas para sacar á los incrédulos del abismo de su lobreguez intelectual y de sus penalidades interiores. El hombre es incapaz de salvar por sí al hombre. Solo el Espíritu de Dios, que sacó al Universo de la nada y la luz de las tinieblas, puede sacar al incrédulo de la oscura infelicidad en que yace perplejo y desatentado. A las almas piadosas incumbe, por su caridad, orar por la conversión de los incrédulos. Mas al escritor católico toca impedir que ellos perviertan los ánimos incautos, con las argucias de su irreligion y con los sofismas de sus vanas teorías. Los incrédulos contemporáneos trabajan en multiplicar sus adeptos. No los buscan entre las gentes pensadoras, ni en la juventud instruida y moralizada. Tampoco

exponen sus ideas en su natural deformidad. Son bastante astutos para incurrir en tal desacierto. Emplean sus artificios y seducciones con los hombres ignorantes ó mal instruidos, pero ensobrecidos con su propio pensar; y tambien cautivan á la juventud ineducada y ligera. A éstas ó parecidas gentes proponen los incrédulos sus sistemas de religion y de política, aderezados y adornados con palabras halagüeñas, porque significan ideas preciosas y naturalmente amables.

No dicen á sus neófitos que desobedezcan á Dios, lo que chocaria ciertamente á las almas naturalmente religiosas: dícnles que Dios no manda lo que se le atribuye. No se atreven á calumniar á Jesucristo, cuya vida irrepreensible admiró á sus contemporáneos y ha sido modelo perfectísimo de una posteridad de muchos siglos: al contrario, ensalzan su virtud, como superior á todas las virtudes conocidas, encomiándole como un hombre amabilísimo, á quien ha divinizado el entusiasmo de sus admiradores, aunque no es ni puede ser Dios. No pudiendo desconocer la existencia de la Iglesia, y no pudiendo contradecir la historia y monumentos de tantos siglos, confiesan su existencia secular y su conservacion admirable; pero juzgándola como institucion humana, la juzgan percedera como las obras de los hombres, la reputan desfallecida y alterada, y pronostican su próxima desaparicion. Siéndoles imposible desconocer enteramente la influencia de la doctrina católica, en las ciencias tocantes á la humanidad, en las leyes, en los poderes públicos y en las costumbres, al menos quieren alterarla, de modo que se acomode con sus teorías de indi-

ferencia religiosa y de primacía de la razon humana.

Acceptan la fé divina, pero á condicion de estar ella sometida á la razon humana. Acceptan la autoridad de la Iglesia, pero con tal de que no sea ejercida sobre las personas y cosas del Estado. Acceptan la moral, pero á reserva de hacer en ella las variaciones que la razon independiente y los intereses personales tengan por mas acertado. Acceptan asimismio la libertad, la proclaman y la ensalzan; pero siempre que ella sea la facultad omnímota de hacer lo que plazca, y de no estar normada por ninguna ley divina. En sentir de la incredulidad, la libertad no es perfecta, si está bajo la autoridad divina; no es benéfica, si está ordenada por la moral; y no es ilustrada, si ha de acatar la fé cristiana. Nosotros, por el contrario, estamos persuadidos, y queremos persuadir á nuestros lectores, que la libertad del individuo, de la familia y del estado, no es perfecta, ni bienhechora, ni perdurable, si no está ilustrada por la fé cristiana, dirigida por la moral cristiana, y asegurada por la autoridad de Dios-Hombre, segun la reconoce la Iglesia católica. Tal es el objeto de este pequeño libro.